

Azorín

LIBROS, BUQUINISTAS Y BIBLIOTECAS

CRÓNICAS DE UN TRANSEÚNTE: MADRID - PARÍS

Prólogo de Andrés Trapiello

Edición e introducción de Francisco Fuster García

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

© Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2014

[Ute Körner Literary Agent, S.L.U.]

© Del prólogo, Andrés Trapiello, 2014

© De la edición, selección e introducción, Francisco Fuster García, 2014

© Fórcola Ediciones, 2014

c/ Querol, 4 – 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-5957-2014

ISBN: 978-84-15174-94-3

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

## Índice

PRÓLOGO, *¿Leer, vivir?*, por Andrés Trapiello

INTRODUCCIÓN, *Los libros y/o la vida*, por Francisco Fuster García

Sobre esta antología

LIBROS, BUQUINISTAS Y BIBLIOTECAS

CRÓNICAS DE UN TRANSEÚNTE

SOBRE LA EDICIÓN Y DIFUSIÓN DEL LIBRO

- El libro: Francia
- Ediciones clásicas
- De un transeúnte
- Meditación ante una imprenta
- El libro español
- Editores españoles: libros
- Editar e imprimir
- Escribid a máquina: erratas
- Editores
- El problema del libro
- Génesis del libro
- Cuales libros, tal España

SOBRE LAS BIBLIOTECAS

- En la Biblioteca
- Bibliotecas particulares
- Bibliotecas
- Prólogo
- En la biblioteca
- Los libros
- Libros grandes, libros chicos
- Arreglo de biblioteca
- La biblioteca de Don Quijote

SOBRE LAS LIBRERÍAS DE VIEJO Y LAS FERIAS DEL LIBRO

- La feria de los libros
- Libros, libritos viejos
- Escenas madrileñas: los libreros de viejo
- En la feria de los libros
- De un transeúnte
- De un transeúnte
- La vida española: venta de libros
- La vida española: feria permanente de libros
- En la feria de libros viejos
- Letras francesas: *Le journal d'un bouquiniste*
- La vida española: paseos de un bibliófilo
- La feria de los libros
- Más de la feria de libros

- Las librerías
- Los libros
- Las librerías de lance
- Nota de libros viejos

#### SOBRE LA LECTURA

- Una opinión
- Una revista nueva
- Grados de la cultura
- Los libros
- Libros para el descanso
- Los encantos de un catálogo
- Las lecturas infantiles
- El libro amado: una experiencia
- El arte de leer
- Leer y leer
- La lectura
- Leer y lectores

EPÍLOGO, *Raros y curiosos*, por Javier Fórcola

PRÓLOGO  
¿LEER, VIVIR?  
Andrés Trapiello

¿Leer, vivir? Muchas veces a lo largo de su vida y a lo largo de estas páginas se preguntará lo mismo Azorín: ¿Deja de vivir quien lee, deja de leer quien vive?

Leer es vivir, y no hay vida que se precie de verdadera y plena sin libros. Por tanto, sí, no leer o vivir, sino más bien leer y vivir.

Hace cincuenta años no era infrecuente en España esa escena en la que un adulto sorprendía a un niño abismado en la lectura de un libro, y le decía, acaso sólo por el gusto de interrumpírsela o por la impaciencia de verlo disfrutando con algo que a él, adulto, le resultaba extraño: «Niño, haz algo».

El índice de analfabetos en España cuando Azorín nació, 40%, era muy superior al de ese tiempo de posguerra que acabamos de evocar. Y sin embargo no era infrecuente hasta 1936 que los pedagogos inculcaran en sus pupilos el amor por los libros, por la lectura. Lo cuenta el mismo Azorín en sus memorias levantinas. Guarda por ello infinita gratitud a su padre, también a los frailes con los que estuvo ocho años interno, y a uno en especial, su preceptor dilecto.

Y de libros y lecturas trata este que ha ido a cosechar en los oceánicos escritos de Azorín el profesor Francisco Fuster. Démosle las gracias, y a su editor.

Era éste un libro necesario y es un libro delicioso, claro que sólo para los *happy few* que saben que hay pocas y mejores cosas que hacer en esta vida que leer, y que quien lee suele hacer por el mundo más y mejor que quien no lee, pues a la mayoría de nosotros no nos es dado otro modo de mejorarlo que leer libros y tratar de volverlo así más delicado y sutil.

«Leer y tornar a leer. No hay más remedio. Ese es mi sino», nos confiesa Azorín. Se diría que ese «no hay más remedio» rezuma fatalidad. No se crea. Es sólo gratitud, es más bien un «por suerte ese es mi sino».

Todo en Azorín adquiere categoría de confesión, todo en él queda inscrito en el ámbito de la intimidad y las suyas son siempre confesiones de un pequeño filósofo. Este librito está lleno de ellas. Incluso cuando escribe artículos de costumbres nos da su corazón al desnudo. Sólo hay que saber leer en él.

Encontraremos aquí algunos de estos artículos costumbristas. Las costumbres de los libreros de viejo, eternas, y las costumbres un tanto extravagantes de los libreros de nuevo de su juventud, las costumbres de los impresores (preciosa estampa la de esa imprentilla en un barrio viejo de Madrid) o las de los editores antes de la guerra, franceses o españoles, y, claro, las costumbres inveteradas de los lectores de todas lunas, sus manías y fobias. Muchas de las costumbres de entonces, un siglo después, nos hacen sonreír: qué poco hemos cambiado, a vueltas todavía con el número de los que leen o dejan de leer, de lo que ha de darse a leer a un niño o del mejor modo de leer. Otras nos parecen propias de edades doradas, mitológicas: ah, recuerda él, aquellos años en los que se compraba, por unas monedas, en la Cuesta de Moyano, la primera edición del *Fausto* de Goethe (que regaló a Ortega y Gasset), o en la librería de Rico *La Historia de Port Royal*, de Pedro Racine, o en el Rastro tal o cual maravilla... Basta, decimos nosotros, *où sont les neiges d'antan*.

Pese a la procedencia heterogénea de estos artículos y prólogos, escritos a lo largo de sesenta años, se diría que forman un todo armónico, quiero decir que Fuster *ha escrito* otro libro más de Azorín, uno de los más curiosos y personales suyos. Pues, sí, hay algo en el conjunto que nos recuerda a un autorretrato.

Descubrimos en él, desde luego, a un lector compulsivo que leyó mucho de lo que cayó en sus manos, pero también a ese escritor metódico que no dejó de escribir con puntillismo ejemplar. Al quinto punto de su conocido fraseo ya anda uno embebido en el engaño, como en una fábula.

Ocupémonos del lector. De joven leyó Azorín como los jóvenes, y cuando se hizo viejo, como leen los ancianos: «El joven lo lee todo y de todo aprovecha poco. El

anciano lee poco y de lo poco le aprovecha todo. Con la edad las lecturas se van reduciendo. Decía un filósofo que lo grave es saber no lo que se ha de leer, sino lo que “no” ha de ser leído».

¿Y el escritor? De buena parte de lo que leyó nos ha dejado sus impresiones. No ha habido en todo el siglo XX un crítico tan fino como él, si entendemos por crítico aquel que va prendiendo en sus lectores la curiosidad y el entusiasmo. No el que quiere lucirse, sino quien da un paso atrás y deja hablar al verdadero protagonista, el autor de ese libro del que se ocupa. Impagable encontramos esa lista de sus cien libros de cabecera, las generosas inclusiones, las exclusiones significativas. Su criterio para leer es claro: «Nada hay que se parezca más a lo antiguo que lo verdaderamente nuevo. Nada hay tan parecido a lo nuevo como lo verdaderamente malo», dirá, y con esa lección podría uno conducirse por la vida sin temor a equivocarse.

En sus páginas sobre los libros de otros, descubrimos lo que piensa Azorín que han de ser los libros, al menos los que él busca, también sin declararlo, los que él querría escribir: criaturas vivas. Lo dice él mucho mejor que lo pueda decir yo: «Los libros chicos, sobre todo –más que los infolios de biblioteca– eran como seres vivos, orgánicos, que nos asistían, nos acompañaban en los viajes, sufrían nuestros enojos, se alegraban de nuestros contentos, agradecían, en fin, que después de la jornada, los colocáramos en una mesita, par a un búcaro con flores».

Recuerdo haber leído hace años, dónde, unas líneas de Azorín en las que hablaba acaso de los *Jardinillos* que cuidó JRJ para el editor Jiménez Fraud, ¿o eran de los libritos de Calleja, que también cuidó JRJ y entre los que Azorín tiene unas *Páginas escogidas*, o tal vez fue a propósito de aquella pequeña colección de La Lectura donde apareció, junto a *Las florecillas* de San Francisco, *Platero y yo*? No recuerdo dónde, y ya lo siento, amigos editores, porque me habría gustado citarlas aquí tal como él las escribió.

Sí recuerdo que hablaba en ellas del amor que despertaban en él los libros pequeños, pequeñitos decía, exquisitos pero no ostentosos (¿puede ser de otro modo?), sobrios, con papel blanco y tipos escogidos. Parecía estar hablando allí no Azorín, sino Francisco Giner, el maravilloso pedagogo que supo inculcar en los pupilos de su Institución Libre el amor por los libros, por la lectura, el sosiego y la tolerancia.

Tienes en las manos, lector, un libro precioso, un pequeño tesoro. *Tesoro del pajarero*, se titulaba aquel manual clásico que hablaba a los amantes de las aves de cómo cuidarlas, amarlas, favorecerlas. *Tesoro del amante de los libros* podría titularse este (no sé por qué, encuentra uno un raro parecido entre la palabra bibliómano y bibliópata, antipáticas ambas). En ningún otro confirmarás con mayor puntualidad el viejo adagio: «El que comienza un libro es discípulo de quien lo acaba».

INTRODUCCIÓN  
LOS LIBROS Y/O LA VIDA  
*Francisco Fuster García*

Los libros sustituyen a la vida; lo hacen de dos maneras: por *interposición* y por *suplantación*. Examinemos la interposición: el libro se interpone entre la realidad y nuestra sensibilidad, entre el hecho y la comprensión. En un lugar placentero, histórico, dramático, notable, en fin, por algo –paisaje, monumentos, museo, catedral–, apenas entramos en contacto con la realidad, surge el recuerdo del libro, el libro famoso, que ha fijado un aspecto de esa realidad, y que, *velis nolis*, nos la impone. Pasemos a la suplantación: el libro suplanta nuestra personalidad; nos creemos, con la absorción del libro, el libro famoso, una persona distinta de la que somos. Nuestras ideas se desvían; nuestra voluntad se tuerce; surgen el romanticismo, el clasicismo, el modernismo, el intelectualismo, resumen y compendio de todos los *ismos*.

Azorín, *Con permiso de los cervantistas* (1948)

José Martínez Ruiz pasó toda su vida rodeado de libros. Desde que vino al mundo un 8 de junio de 1873, el niño que años después se convertiría – previa adopción del apellido de uno de sus personajes como seudónimo – en un reconocidísimo escritor, vivió en un ambiente que, si no determinó de forma irremediable su destino (fue el mayor de nueve hermanos y el único que se dedicó a la literatura), sí debió de influir de manera decisiva a la hora de moldear su carácter y predisponer su ánimo. De hecho, así nos lo dio a entender él mismo en un pasaje de sus *Memorias inmemoriales* (1946) en el que, hablando de su niñez, recuerda una costumbre paterna – la de sentarse todas las noches a leer un rato, antes de cenar – que, sin ninguna duda, tuvo mucho que ver en su temprana afición a la lectura y en su, por entonces todavía muy incipiente, vocación literaria.

A lo largo de su longeva y fecunda existencia, Azorín dejó repartidas aquí y allá, entre las páginas de los periódicos y de sus libros, multitud de reflexiones gracias a las cuales podemos seguir la evolución de esta de la prematura e incurable bibliofilia de la que fue “víctima”. Aunque repasarlas todas me resultaría tarea imposible, sí quiero rescatar aquí alguna anécdota que, si no para conocer al personaje en profundidad, sí puede servir, quizá, para que el lector que se adentra por primera vez en esta faceta de su obra pueda captar rápidamente el alcance de esta pasión azoriniana por el libro y por la lectura.

El punto de arranque del breve repaso que pretendo dar lo voy a situar en uno de los cuentos de Azorín incluidos en *Bohemia* (1897), uno de los primeros libros que publicó. En el relato autobiográfico que da nombre al volumen, subtítulo *Fragmentos de un diario*, el autor nos habla en primera persona de su día a día en el Madrid de fin de siglo, donde el joven Martínez Ruiz llegó – como tantos otros aspirantes a escritores – procedente de la periferia española con la loable intención de hacer realidad el sueño de vivir de la pluma. Como recordó en varios pasajes de sus libros memorialísticos, los primeros pasos en el oficio fueron bastante duros, pues a la dificultad – o más bien, la imposibilidad – de conseguir que los periódicos pagaran sus colaboraciones, se añadía la de tener que administrar los escasos ingresos con los que contaba. Así lo explica en dos entradas de ese diario ficticio en las que confiesa cómo, incluso en esos momentos de escasez y penuria, en los que tuvo que renunciar a casi todo, no se pudo privar de la compañía de un libro:

12 marzo. – Como *allí* [en los periódicos] no me dan nada, y además, lo poco que, a fuerza de mil penalidades, me manda mi pobre madre he tenido que gastarlo casi todo en pagar este cuartejo que habito y en comprarme alguna ropa... no me quedan más de 15 pesetas para mantenerme durante treinta días. Por lo pronto, lo que voy a hacer es no gastarme un

céntimo en nada... ni periódicos, ni revistas, ni libros. Ya sé que esto me será un poco difícil, porque yo soy capaz de quedarme sin comer por comprar un volumen nuevo, pero quitaré la ocasión, es decir, no pasaré por las librerías ni llevaré cuantioso caudal en el bolsillo.

13 marzo. – Esta mañana he entrado en una librería a comprar un periódico francés (“un periódico no es nada”, decía yo). Aprovechando la ocasión, me he puesto a examinar unos libros nuevos, y... ¡lo que temí!, no sé lo que ha pasado por mi cabeza... me he ofuscado... la herencia de mi padre el bibliófilo y de mi abuelo el coleccionista de estampas... El caso es que he salido con dos tomos de cubierta amarilla, olorosos, debajo del brazo. (Ya los he puesto en la lista de libros comprados durante el año).

Me quedan cinco pesetas<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Azorín, *Obras escogidas*, coord. por Miguel Ángel Lozano Marco, vol. III, Espasa Calpe, Madrid 1998, p. 444.